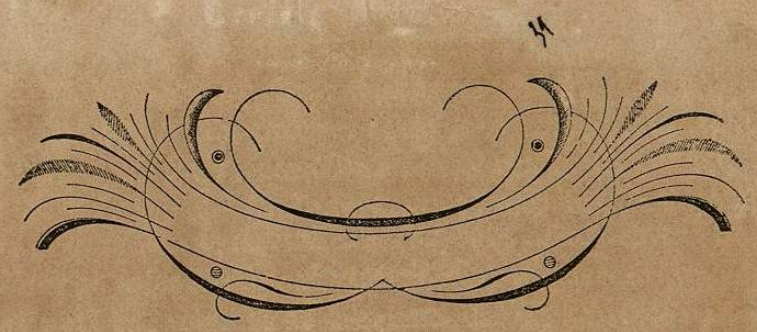


DC 268  
D8  
V-1

*Monteney Des. 10/70.  
L. Ovalos*



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CAPITULO PRIMERO.

**L**UIS FELIPE de Orleans nació el 6 de Octubre de 1773 en el Palacio Real, y recibió al nacer el título de duque de Valois.

Fué su padre Luis Felipe José, quien despues se llamó Felipe Igualdad, y gozaba en aquella época el título de duque de Chartres.

Tuvo por madre á Luisa María Adelaida de Borbon, hija del duque de Penthièvre, último representante de la descendencia legítima de Luis XIV, y de madama de Montepan, en la persona del conde de Tolosa.

El parentesco de Luis Felipe se remonta al hermano del



rey Luis XIV, por su padre, rama legítima; y al mismo Luis XIV por su madre, rama legitimada.

Su abuelo fué Luis Felipe de Orleans, de Valois, de Nemours, de Chartres y de Montpensier.

Su abuela, Luisa Enriqueta de Borbon-Conti.

El matrimonio de estos dos últimos personajes se verificó en 1743. En los primeros años de su union fué Luis Felipe de Orleans el esposo mas feliz y el amante mas apasionado que habia en el mundo: eran notables los dos nuevos esposos por la pasion exajerada que manifestaban profesarse mutuamente. Sobre esta pasion se citaban las anécdotas mas singulares. Impacientes por la llegada de la noche, todo les parecia bueno, el tálamo, los canapés, las sillas, el blando césped, las carrozas, las casas de sus amigos y el salon de Versailles: diariamente se contaban nuevos episodios de la crónica escandalosa de *l'Œil-de-Bœuf*; crónica que se admiraba de llevar al capítulo *Escándalo*, las caricias que una mujer hacia á su marido y un marido á su mujer.

Quién de los dos era el primero que se cansaba, difícil será decirlo; pero bien claro se advierte, que á ese cinismo conyugal se agregaba por parte de la princesa otro cinismo no menos escandaloso: casi repudiada de su marido con motivo de sus públicos descarríos, los cuales el esposo mas complaciente no podria tolerar, la duquesa de Orleans, que se lisonjeaba de poseer el apetito insaciable de Mesalina, recorrió en sus amores toda la escala social, y algunas veces, aventajando á la esposa adúltera de Claudio, bajaba de los salones al jardin del Palacio Real, y sin tomarse el trabajo de pedir prestado á la antigua cortesana su nombre de Lisisca y sus rubios cabellos, solicitaba de los paseadores los placeres anónimos que la loba imperial, segun dice Juvenal, exijia á los ganapanes de Roma durante el sueño de su esposo.

Estos son aquellos desenfrenos tan conocidos que invocó Felipe Igualdad el día en que, en una sesion de la Comu-

na, renunció la nobleza de los palacios para adoptar la de las caballerizas; nobleza engañadora que no podia salvarle del patíbulo.

Desde 1748, es decir, cinco años despues de su casamiento, el duque de Orleans se separó completamente de su mujer, quitándole á su hijo, y fué uno de los primeros que en Francia tuvo el valor de mandarlo inocular. Entró en relaciones con madama de Villemomble y tuvo de ella tres hijos naturales, madama de Brossard y los abates de San Far y de San Albino.

En 1759 murió la duquesa de Orleans.

Siete años despues de esta muerte comenzó el duque de Orleans á cortejar á la marquesa de Montesson, Carlota Juana Beraud de la Haie-de-Riou. M. de Montesson, su marido, vivia en aquella época, y aunque la marquesa era treinta años mas jóven que él, no obstante le fué fiel hasta su muerte, acaecida en 1769. Entonces se declaró el duque de Orleans, pero en vano, segun se decia en aquellos tiempos. Tambien, hácia fines de 1772, comenzó á hablarse de un matrimonio entre madama de Montesson y el príncipe. Por último, el 24 de Abril de 1773, se despidió de la corte numerosa de Villers-Cotterets, diciendo á sus mas íntimos amigos:

—Caballeros, me separo de esta amable compañía: volveré tarde; pero no solo, sino bien acompañado de una persona á quien haréis partícipe del afecto que me profesais.

Todo el dia estuvo el palacio en la expectativa, y en la tarde á cosa de las seis, se vió entrar en el salon al duque, conduciendo de la mano á madama de Montesson, con quien se habia casado en la mañana. El arzobispo de Paris, despues de haber obtenido el consentimiento del rey, concedió á los esposos las tres dispensas de la publicacion de vanas, y el cura de San Eustaquio los casó en la capilla de la Chaussé-d'Antin.

Madama de Montesson era en aquella época una mujer encantadora, de treinta y cinco á treinta y seis años, y re-



presentaba apenas treinta. Era poetisa y filarmónica, representaba con gracia sus papeles cómicos, y conservó hasta 1806, en que murió, en el salon de la Chausse-d'Antin, las mejores tradiciones del siglo de Luis XIV y de Luis XV.

Napoleon la consideró mucho por su elevado rango y le asignó una pension de treinta mil francos.

Sobrevivió veinte años al príncipe su marido, que murió el 18 de Noviembre de 1785; y Luis XVI, mas susceptible que su abuelo Luis XV, le prohibió llevar luto.

El duque de Chartres, cuando su padre se casó con madama de Montesson, era un jóven de veinte á veinticinco años, que contaba ya diez de haber entrado en un mundo que deslumbra con sus placeres. Una mujer llamada la Deschamps, fué su primera querida, y de sus brazos pasó á las garras de las prostitutas mas célebres de la época. El compañero ordinario de sus placeres era el príncipe de Lamballe, hijo del duque de Penthièvre; pero la salud de este príncipe, menos fuerte que la del duque de Chartres, no pudo resistir esa vida lujuriosa, y sucumbió de una manera indecorosa. Entonces se acusó al duque de Chartres, no solo de hombre depravado, sino de ambicioso y calculista: se decia que habia seducido, prostituido y envenenado al príncipe de Lamballe, para reunir sobre la cabeza de la señorita de Penthièvre, con quien debia casarse, la colosal fortuna de su casa, y la condecoracion de grande almirante que poseia el duque de Penthièvre. Veinte años despues, cuando la princesa de Lamballe fué asesinada, aquellas acusaciones se renovaron con mas crueldad, por el homenaje que sus asesinos quisieron hacer al duque de Orleans presentándole su cabeza. Pero nosotros, que solo apoyándonos en pruebas nos constituimos intérpretes de semejantes acusaciones, nos decidimos á protestar en contra de estas dos infamias, que los folletistas pueden consignar, pero que deben desmentir los historiadores.

Sin embargo, ademas de estas cosas falsas, hay algunas

verdaderas que decir sobre este pobre príncipe, que pagó sus faltas como se pagan los crímenes.

Aconteció al duque de Chartres, al principio del reinado de Luis XVI, lo que habia acontecido á su abuelo á fines del reinado de Luis XIV; los dos chocaron con las costumbres reales. Luis XIV se hizo devoto al fin de su vida; Luis XVI fué severo desde el principio. El regente habitó el Palacio Real y lo hizo célebre por sus orgías; el duque de Chartres ilustró á Monceaux con su desenfreno: por lo demas, tenia siquiera el mérito de la franqueza, y no cubria el rostro del hipócrita con la máscara del libertino. Apostó cierta ocasion que regresaria desnudo, á caballo, de Versalles al Palacio Real, y ganó legalmente su apuesta.

La anglomanía, que comenzaba á hacer grandes progresos en Francia, era obra esclusiva del duque de Chartres, quien gustoso se habia puesto á la cabeza de la sociedad que recibia todo de Inglaterra, modales, costumbres, jockeys y caballos. Las primeras corridas fueron fomentadas por él: María Antonieta asistió á ellas; pero Luis XVI se opuso á semejantes juegos, y sobre todo á las ruinosas apuestas que traian consigo. Una orden del rey hizo que cesasen las corridas.

El duque de Chartres se consoló de esta persecucion, yéndose á Londres dos veces al año, comprando allí propiedades y alistándose como miembro de dos ó tres clubs.

Por lo demas era un lindo caballero, bien formado, y amigo de los ejercicios violentos, sin retroceder ante el peligro que produce gloria y ruidosa fama. En 1778 viajaba por la Baja Bretaña, y se le ocurrió descender á una mina de quinientos piés de profundidad. Algunos años despues, cuando se inventaron los globos, y el furor de volar se apoderó de todos, quiso viajar por el nuevo mundo, y se remontó hasta quinientas toesas de altura.

Gustaba de las artes y de la mecánica; de las artes como aficionado, y de la mecánica como mecánico. Mandó que se pusiese su relieve en todas las manufacturas de Lyon, y



soñaba con toda clase de empresas maravillosas. Concibió el proyecto de demoler todas las casas de la Cité y reedificarlas sobre un nuevo plan: desgraciadamente se le ocurrió otro proyecto que le grangeó menos popularidad; este se redujo á especular con las tiendas del Palacio Real.

En este intermedio, y cuando el duque de Chartres todavía estaba en buenas relaciones con la delína, á quien divertía con su ingenio y con sus estravagancias, como despues se dijo, comenzó á chocarse con el delfin, por cuyo motivo el *Almanaque Real*, anotó en el 6 de Octubre de 1773: el nacimiento de Luis Felipe de Orleans, duque de Valois.

Mas adelante veremos, en la época en que Luis Felipe subió al trono, qué partido se quiso sacar de este título.

Sea por casualidad, sea porque así estuviese decretado, no se cumplió con ninguna de las ceremonias acostumbradas en el nacimiento de los príncipes de la sangre, sin embargo de llenar éste todos los deseos, supuesto que en cuatro años de casado no habia tenido de su mujer el duque de Chartres mas de una hija que murió al nacer.

El duque de Valois fué sencillamente festejado; la ceremonia se verificó en el Palacio Real por el limosnero de la casa, en presencia del cura de la parroquia y dos escuderos. Doce años habian pasado cuando Luis XVI y María Antonieta llevaron al jóven duque de Chartres á la fuente bautismal: el jóven duque de Valois cambió entonces su título por el de duque de Chartres, por haber muerto su abuelo y llegado á ser su padre duque de Orleans.

Cincuenta y dos años despues, una mujer llamada María Estela Petronila debia venir á Francia á disputar al duque de Orleans este nacimiento, que la negligencia paternal descuidó acreditar con todos los requisitos acostumbrados.

Consignaremos aquí la fábula que debe servir á María Estela para entablar su reclamacion.

Hemos dicho que despues de cuatro años de matrimonio no tuvo el duque de Chartres, de su esposa, mas que una hija que murió al nacer.

Segun María Estela, *perfectamente instruida*, una gran parte de la fortuna del duque de Chartres, que estaba en depósito, debia volver al Estado en caso de estincion de la descendencia masculina; motivo que hacia desear al duque de Orleans un hijo á cualquier precio que fuese.

Tal vez entonces, con intencion de aprovechar las ocasiones que la casualidad pudiera presentarle para conseguir su objeto, seria cuando á principios del año de 1772, salieron para Italia el duque de Chartres y su mujer, tomando los nombres del conde y la condesa de Joinville.

Al cabo de dos ó tres meses de viaje, los dos ilustres *turistas* encontraron en la cima de los Apepinos un sitio conveniente, y se detuvieron (*María Estela es quien habla y no nosotros*) en la pequeña ciudad de Modigliana: allí se manifestaron en la princesa de Joinville los primeros síntomas de un nuevo embarazo.

La propension del duque de Chartres á mezclarse en las aventuras nocturnas de Paris y Lóndres, le acostumbró á familiarizarse con el populacho: en consecuencia trabó en Modigliana conocimiento con un carcelero llamado Chiappani, cuya mujer tenia casualmente de estar en cinta el mismo tiempo que la princesa: entonces se hizo este convenio entre el carcelero y el príncipe: que si la carcelera paria un hijo y la princesa una hija, se cambiarian las dos criaturas; en la inteligencia, de que como en todos los países del mundo una niña es menos apreciada que un niño, se le daria una indemnizacion al carcelero. En consecuencia, segun dice siempre María Estela, el niño nacido en Modigliana el 17 de Abril de 1773 seria trasladado á Paris, y tenido oculto hasta el 6 de Octubre, dia en que se fingiria el parto de la princesa.

De aquí esa falta de testigos y pompa regia en el bautismo del recién nacido.

María Estela Petronila se quedó pues en Italia, y allí fué educada como hija del carcelero Chiappani, quien con los



socorros que anualmente le llegaban de Francia, y la suma que recibió del conde de Joinville al tiempo del cambio, le proporcionó una brillante educación.

Ya veremos reaparecer en 1823 á María Estela y volveremos á tomar el hilo de la anécdota del cambio, que interrumpimos para seguir al joven duque de Valois en los primeros años de su vida.

Su aya principal fué madama de Rochambeau, y su segunda madama Denois. A los cinco años de edad y por recomendación de Mr. de Buffon, se le nombró por preceptor á Mr. de Bonnard, quien gozaba entre los poetas eróticos de la época la reputación de hacer madrigales y cuartetas.

Todo el mundo era poeta en aquella época, hasta Turgot, que iba á ser ministro: cierto es que el título de poeta no traía consecuencia: había poetas *in partibus*, como en nuestros días vemos que Mr. de Frayssinous es obispo de Hermópolis; se obtienen los beneficios, pero no se ejercen.

Por desgracia de Mr. de Bonnard, había en la casa del duque de Chartres un poder que contrarestaba el suyo; y era el de Felicitas Estefanía Ducrest de San Albino, condesa de Genlis.

La condesa de Genlis, casada con el conde Bruslard de Genlis, condecorado después con el título de marqués de Sillery, era sobrina de madama de Montesson: por influencia de su tía, que como hemos dicho se casó con el abuelo del joven príncipe, entró en clase de dama de honor de la señora duquesa de Chartres, y en 1778 se encargó de la educación de la princesa Adelaida: ya colocada allí, sus funciones tomaron un incremento que la duquesa estaba muy lejos de esperar; y madama de Genlis permanecía públicamente en la casa con el doble título de instructora del hijo y querida del padre.

Mas adelante veremos, por una carta de la duquesa de Orleans, lo que esta señora padeció con semejante amistad.

Madama de Genlis no quería á Mr. Bonnard; rivalidades de poetas sin duda. Aunque el duque de Chartres, un año

después del nombramiento de este caballero, dijo á Mr. de Buffon: "Celebro veros, señor, para daros las gracias por la elección que nos indicásteis, pues ha sido generalmente bien recibida," al cabo de tres años Mr. de Bonnard fué despedido, por los motivos que espone madama de Genlis en sus memorias: se notó que su método de enseñanza era vicioso y sus modales ajenos de la buena sociedad. De consiguiente el joven duque de Valois se quedó sin preceptor.

Entonces le ocurrió al duque de Chartres la peregrina idea de nombrar á madama de Genlis preceptora de su hijo.

Esta señora, para proporcionarse mayor comodidad en el desempeño del doble empleo que tenía en la casa de Orleans, vivía en Bellechasse. Se construyó con arreglo á sus planes en los jardines del convento, un hermoso pabellón, que se comunicaba con el claustro por medio de un emparrado.

Una noche, *como de costumbre*, entre ocho y nueve vino á visitarla el duque de Orleans. Subrayamos estas palabras porque las tomamos, como un dato, de la misma madama de Genlis. Esta se hallaba sola; el duque tocó el asunto del ayo de su hijo, y suplicó á madama de Genlis le aconsejase en su elección.

La señora indicó al momento á Mr. de Schomberg.

—No, respondió el duque, volvería pedantes á mis hijos.

—Entonces, dijo madama de Genlis, tomad al caballero de Durfort.

—Este sería peor que el caballero de Schomberg; los volvería exajerados y enfáticos.

—M. de Thiers.

—Es muy ligero, y absolutamente se ocuparía en educarlos.

—Entonces, dijo sonriéndose madama de Genlis, tomadme á mí.

—¿Por qué no? respondió el duque de Chartres.

Pretende madama de Genlis en sus Memorias, que al espresarse así, solo quiso chancearse; y afirma que ninguna



conversacion preparatoria le habia sugerido la idea de que el príncipe la confiara este empleo.

El lector creará lo que mejor le parezca; nosotros de ninguna manera garantizamos la veracidad de madama de Genlis.

Sea lo que fuere, el *por qué no* del señor duque de Chartres no fué una exclamacion perdida.

“Vi la posibilidad de una cosa extraordinaria, dice madama de Genlis, y me complací que pudiera efectuarse.” De consiguiente, ninguna objecion hizo al duque de Chartres: todo lo contrario, le confesó el placer que le causó la singular proposicion que se le hacia, y es claro que entonces no se chanceaba.

—¡Muy bien! sea enhorabuena, negocio concluido, dijo el duque, seréis aya de mis hijos.

Y en efecto, pasado algun tiempo, tuvo otros dos niños el duque de Chartres, y se les pusieron los nombres de duque de Montpensier, y conde de Beaujolais.

Nació el duque de Montpensier el 3 de Julio de 1775.

Y el conde de Beaujolais el 7 de Octubre de 1779.

Solo se trataba de obtener el consentimiento del rey, y se ignoraba cómo recibiria semejante infraccion de las leyes de la etiqueta. El rey no simpatizaba mucho con el duque de Chartres, ni estimaba bastante á madama de Genlis.

Así es que cuando el duque fué á visitar al rey y le esplicó cuál era la autorizacion que pretendia,

—Sea ayo ó aya, le contestó Luis XVI, haced lo que os agrade.

En seguida, volviendo la espalda al duque, le dijo en voz alta para que todos lo oyesen:

—¡Es dicha, y muy grande, que el señor conde de Artois tenga hijos!

Al pronunciarse estas palabras, la educacion de los hijos del duque de Chartres, hembras y varones, se confió enteramente á madama de Genlis.

Las niñas vivian con ella en Bellechasse; los niños iban á sus horas.

## CAPÍTULO II.

Rousseau, que acababa de morir, era entonces el filósofo de moda: no todos habian leído el *Emilio*; pero todos hablaban de él. Madama de Genlis se decidió á educar á sus ilustres discípulos segun el método de Juan Jacobo.

Es decir, se resolvió á formar primero los hombres; los príncipes vendrian despues.

Estraña prevision de la suerte reservada á los tres hermanos, para quienes parece haber escrito Rousseau estas líneas:

“En el órden natural todos los hombres son iguales, su vocacion comun es el estado de hombre; y cualquiera que esté bien educado, no puede dejar de cumplir con sus deberes de tal: destínese á mi discípulo á las armas, á la iglesia, al foro, poco me importa; antes de seguir la vocacion que se le indica, la naturaleza lo llama á la vida humana: vivir es el oficio que quiero enseñarle: al salir de mis manos, convengo en que no será ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: antes que todo será hombre, lo que un hombre debe ser, y lo será por necesidad lo mismo que cualquiera otro; la fortuna podrá hacerle cambiar de lugar, pero él permanecerá en el suyo.

“Solo se piensa en conservar á un niño, y esto no basta; se le debe enseñar á conservarse siendo hombre, á sobre llevar los golpes de la fortuna, á despreciar la opulencia y